

Cuaderno de notas

RINCONETE AL HABLA

Tiene razón Manuel Fraga cuando se queja de que Felipe González olvide a estas alturas de la campaña electoral quién es el «jefe de la oposición» cuando se trata de decidir un debate. No tendría tanta razón, en cambio, si se sorprendiese por ello. Como político, el señor Fraga tiene derecho a casi todo, menos a la sorpresa. Su título de jefe de la oposición fue una concesión del Ejecutivo, encarnado en Felipe González, pero no la emanación de una institución preexistente que periódicamente atribuye ese título a alguien. La figura del jefe de la oposición fue, en cualquier caso, un pacto entre caballeros, a costa de los grupos parlamentarios menores. En ese sentido es lógico que Fraga reclame el pago de un débito. Nadie ha luchado como él por el bipartidismo. Nadie habría sido tan Cánovas como él en esta historia de Cánovas y Sagastas recreados.

Lo que Fraga ha venido llamando durante cuatro años «oposición constructiva» ha sido en realidad el precio pagado por un «status» pactado entre dos. El carrusel napolitano. Tú me das despacho en las Cortes y especiales consideraciones a la inglesa y yo modero mis posturas y mis reacciones durante la legislatura toda. Celebremos de cuando en cuando entrevistas solemnes aparentemente arbitradas por el presidente del Congreso y damos la sensación, con la ayuda de la ley d'Hont, de que el edificio bipartidista está consolidado y con dos puertas para los respectivos turnos. ¡Ah! Y de moción de censura, nada de nada.

Ahora Fraga acusa a González de doble juego y mala fe y González se permite vaticinar que habrá ruptura en Coalición Popular después de las elecciones. Es decir, ha cambiado por completo el lenguaje protocolario que ambos políticos

empleaban y han empezado a decirse las «verdades». Por algo y para algo existen elecciones.

En esta historia Fraga ha ido de caballero de la mano en el pecho y Felipe González de Rinconete. Pero eso era de prever. Quienes aseguran que dentro de unos años de poder felipista a España no la va a conocer ni la madre que la parió, empiezan por no tener consideraciones ni con los autores de sus días.

Fraga extrajo de «La tempestad», de Shakespeare, los mimbres para su famosa frase de los extraños compañeros de cama. Donde el autor inglés decía que «la miseria hace extraños camaradas de lecho», el político español puso «la política». Todos dieron por buena la fórmula. Lo que nadie suponía es que Fraga iba a terminar metiéndose en una cierta cama no ya con López Rodó (para quien nació la frase), sino con el mismísimo Felipe González.

Y así fue la legislatura. En ocasiones se hizo fronteriza del contubernio. Y ahora, llegado el momento de la verdad, cuando Fraga, con razón, está seguro de que Felipe González es batible ante las cámaras de TV, se encuentra con que Rinconete se niega a apostarse las canicas.

Una vez le dije a Fraga que González y Guerra me parecían Rinconete y Cortadillo: «Que no eran precisamente unos tontos», fue el comentario de don Manuel. O sea, que lo sabía. Debíó, por tanto, tomar sus precauciones. Y si en vez de «tontos» hubiese puesto la palabra «hidalgos», el acierto habría sido mayor. Ni tontos ni hidalgos. Ni caballeros. A las ricas urnas, que es lo que interesa.

Lorenzo CONTRERAS